



O.J.D.: 183335
E.G.M.: 482000
Tarifa: 135100 €
Área: 3591 cm2 - 700%

TELVA

Fecha: 01/05/2013
Sección: REVISTA
Páginas: 46-52

Bekele, el

por PATRICIA RATO

Como la del célebre personaje de Amin Maalouf, la vida del etíope **BEKELE GELETA** ha sido una inesperada travesía. El ahora **SECRETARIO GENERAL DE LA CONFEDERACIÓN DE PAÍSES DE LA CRUZ ROJA Y MEDIA LUNA ROJA**, ha sido ministro y prisionero de guerra en su país, embajador en Japón y un sin papeles en Canadá donde tuvo que trabajar en una gasolinera. Si existen las vidas de novela, ésta es una de ellas.

Fotos: NICOLÁS GUERIN





O.J.D.: 183335
E.G.M.: 482000
Tarifa: 135100 €
Área: 3591 cm2 - 700%

TELVA

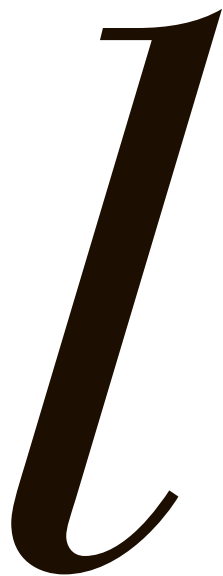
Fecha: 01/05/2013
Sección: REVISTA
Páginas: 46-52

africano



Bekele Geleta y Patricia Rato en las oficinas de Cruz Roja en Ginebra, durante la entrevista.

TELVA 47



o más importante de la vida es hacer que valga la pena. Nunca, nunca hay que rendirse. Hay que sacar lo mejor del tiempo y las circunstancias que te sean dadas. Eso siempre te lleva hacia delante. ¡No es demasiado difícil!". Bekele Geleta, secretario general de la Confederación de Países de la Cruz Roja y Media Luna Roja, me saluda con estas palabras una preciosa tarde de invierno suiza. Me deja sin aliento. Es difícil resumir la vida de este licenciado en Derecho y Ciencias Políticas, y doctor en Economía por la Universidad de Leeds. Con sólo 32 años fue director general de la compañía ferroviaria más grande de Etiopía; con 36, prisionero de guerra durante cinco años en la más dura de las prisiones etíopes; con 45, ministro de Comunicaciones y Transportes de su país y, después, diplomático y embajador en Japón. Y, con 49, tuvo que emigrar a Canadá como refugiado político junto a su familia, para sobrevivir.

Hoy me encuentro en las oficinas centrales de la Cruz Roja en Ginebra, un acristalado y coqueto edificio situado en la zona residencial de la ciudad, rodeado de las sedes de todos los organismos mundiales establecidos aquí. Las banderas blancas con el característico rojo de su cruz, símbolo de su compromiso con la humanidad, ondean en los luminosos patios de entrada repletos de fotos de niños de todos los países. Aquí ayudan a más de 600 millones de personas de toda raza y condición, y donde los voluntarios y trabajadores se mueven entre sonrisas con una silenciosa eficacia.

Después de revisar durante horas el trabajo titánico de la organización humanitaria privada más grande del mundo, fundada en 1858 por el suizo Henry Dunant y, conociendo el sufrimiento, la tortura, y abandono al que este etíope de 69 años se ha enfrentado a lo largo de su vida,

sus palabras, dichas con afecto y amabilidad, me resultan sobrecogedoras. Me enseña sus oficinas, los cuadros de su despacho que le recuerdan a su lejana África, las figuras talladas por niños africanos que le regalan en sus viajes y, después, contemplando desde los grandes ventanales los jardines nevados, susurra: "Con sólo vislumbrar la Cruz Roja de nuestra bandera, sé que todo ha valido la pena".

Nació en Etiopía en 1944...

Sí, en pleno final de la II Guerra Mundial. En aquel tiempo Etiopía era aún más pobre de lo que es hoy. Éramos seis hermanos, mis padres eran analfabetos pero grandes luchadores. Me enseñaron a no rendirme jamás. Mi padre era comerciante. Cuando se quedaba sin dinero para género, recorría el país para trabajar en lo que fuera y volver a empezar. Mi madre era muy disciplinada. Todas las mañanas, mientras limpiaba nuestra choza, rezaba a Dios pidiendo tres cosas: que sus hijos sólo vivieran y pensarán en lo que es bueno, que nuestro mañana fuera mejor y que Él nos ayudara a ayudar a otros. Siendo niño le pregunté por qué lo hacía y me contestó que, si un día lo necesitaba, esa oración me salvaría. Cuando conocí el dolor, la tortura y el miedo de la prisión, el sentido de esa oración, el intento de preservar lo bueno dentro de mi espíritu, fue lo que me salvó de volverme loco.

"Cruz Roja tiene la mayor red de voluntarios del mundo: 24 millones. En situaciones de guerra, muchos mueren. ESTE SACRIFICIO ES EL MAYOR TESORO QUE TENEMOS"

¿Qué supuso para ellos que usted estudiara?

Al principio, no eran conscientes de lo que yo estudiaba. Cuando después de conseguir becas para mis estudios les llevé por primera vez a la capital, lo empezaron a comprender. Y les pude ayudar, a ellos y a mis hermanos.

¿Cómo empezó a trabajar?

El Ministerio del Interior me reclutó por un año y luego estuve otro en el de Transporte. Y, con otra beca, me trasladé a Inglaterra para hacer un master. Fue otra gran aventura conocer y vivir en Europa. Después, la compañía ferroviaria propiedad de mi gobierno y del francés me contrató como subdirector de recursos en Etiopía. Tenía 32 años y no hablaba francés. El día que llegué se reunió conmigo el director general.

Cuando supo mi ignorancia del idioma, y aunque él era francés, con un gesto de fuerza bastante típico en mi país pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa exclamando: "¡De ninguna manera podrá este hombre trabajar aquí!". Con suavidad pero la mayor firmeza que pude, acerqué mi silla a esa mesa, puse mis manos cerca de donde él había golpeado y contesté: "No habrá absolutamente nada que me obligue a dejar este puesto. Trabajaré por el bien de esta empresa". En seis semanas entendí francés y a los 5 meses ya trabajaba codo con codo con él. Un año después, al dejar su puesto, me recomendó para dirigir la compañía con 3.000 personas a mi cargo. Una gran responsabilidad porque, hasta entonces, ningún etíope la había dirigido. En ese tiempo me casé con mi novia, Tsehay, y me convertí en padre.

Y, de pronto, en 1978, con 36 años, su vida cambió para siempre...

Un día, por sorpresa, la policía irrumpió en mi casa sin una orden judicial y me llevaron a una comisaría donde fui interrogado y torturado durante varios días, nunca supe cuántos. Los días y noches se volvían confusos, apenas podía distinguir si seguía colgado de los pies o caído en el suelo. Un mes después me levantaron por la mañana unas voces gritando mi nombre. Cuando eso ocurría con los detenidos era por tres razones: o te torturaban de nuevo para interrogarte, o te liberaban, o ibas a otra prisión. Me incorporé como pude y me dijeron que había sido condenado a cinco años de prisión por conspiración política. Me condujeron a un furgón y me llevaron a la prisión Karcheli, la más grande del país.

¿Qué sintió al vivir aquello?

Un gran sufrimiento. No sólo físico, sino también del alma, que es más atroz.

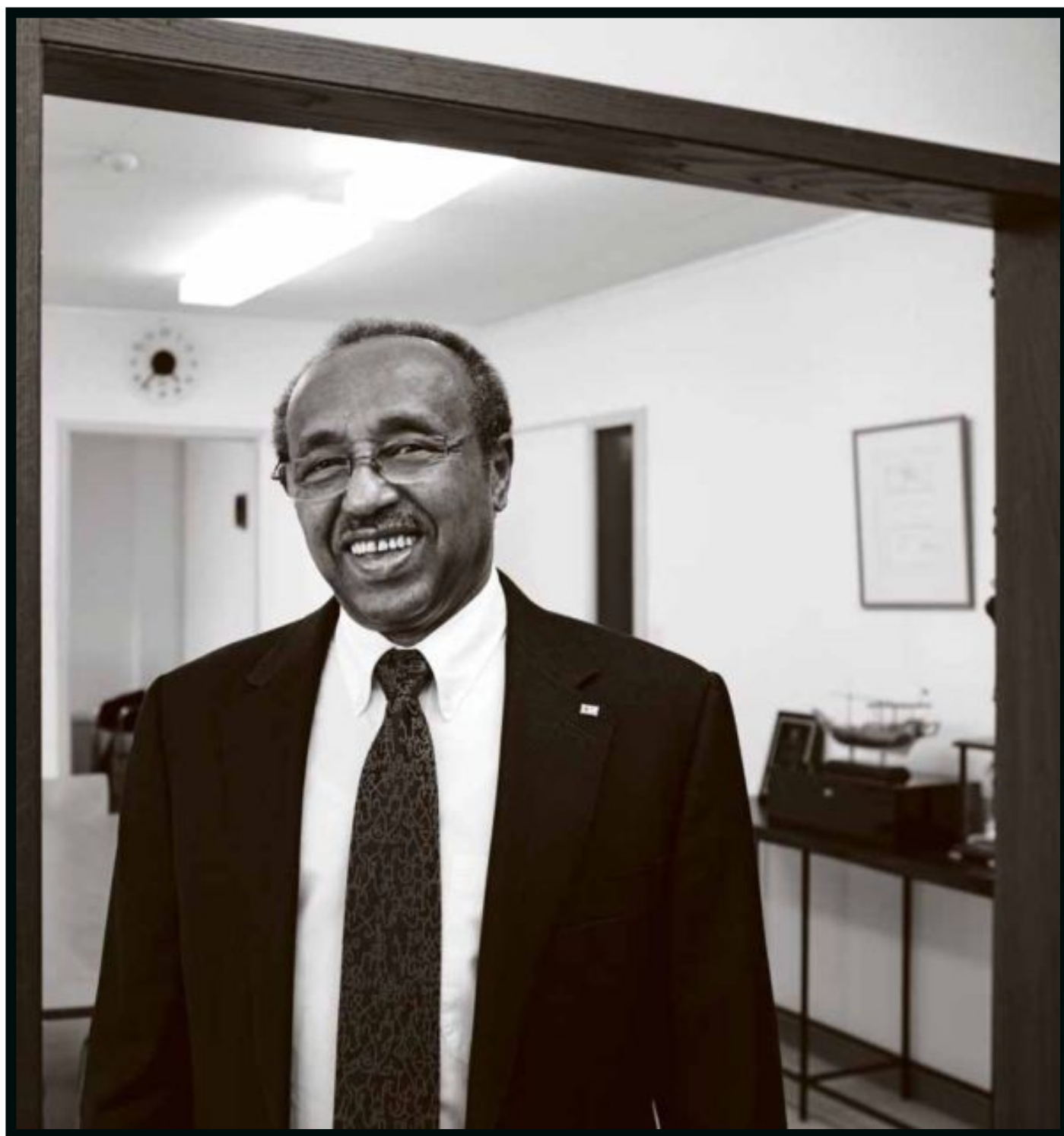
Jamás pensé en mi vida que pisaría una cárcel. La izquierda más extrema, los Derg, junto a los militares, dieron un golpe de Estado. En los interrogatorios me preguntaban sin cesar por mi pertenencia a cualquiera de los grupos que ellos querían aniquilar porque yo, dada mi labor profesional y debido a mis estudios en la Universidad, conocía y tenía amigos en todos ellos. Pero jamás había participado en nada político. Cuando después de muchos días se dieron cuenta de que decía la verdad decidieron, para justificar mis interrogatorios y la tortura, acusarme de pertenecer al Movimiento de Liberación Oromo, un grupo político de la etnia de raza Oromo que ellos perseguían (a la cual pertenecía mi madre). Yo no podía negar a mi sangre, pero nunca fui un activista.



O.J.D.: 183335
E.G.M.: 482000
Tarifa: 135100 €
Área: 3591 cm2 - 700%

TELVA

Fecha: 01/05/2013
Sección: REVISTA
Páginas: 46-52



“Un día una pareja de refugiados famélicos me pidió unos trapos ¡para cubrir a sus tres hijos muertos! LA VISIÓN DE SUS CUERPECITOS HIZO QUE MI CORAZÓN SE VOLVIERA ROJO COMO LA CRUZ ROJA DE NUESTRA BANDERA, y me juré que siempre trabajaría aquí”

TELVA 49



UNA VIDA DE LUCHA

- Nació en una zona rural de Etiopía en 1944. Es el segundo de seis hermanos y sus padres eran analfabetos. Estudió con becas y consiguió licenciarse en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Addis Abeba. Más tarde consiguió otra beca para cursar un master en Reino Unido.
- Cuando era director general de la compañía ferroviaria más grande del país, la policía le detuvo en su domicilio. Fue torturado y acusado de pertenecer a un grupo terrorista, por lo que se le condenó a cinco años en la prisión más grande del país, donde vivió en condiciones inhumanas. Allí organizó grupos de alfabetización y deporte que mejoraron la vida de los presos.
- A los 40 años comenzó a trabajar con Cruz Roja en los campos de refugiados. Después fue ministro de Comunicaciones y Transportes, y embajador en Japón.
- Su desacuerdo con su gobierno le llevó a dimitir de su puesto y escapar con su familia a Canadá como refugiado sin papeles. Dos años después volvió a África con Cruz Roja y, desde 2008, es su secretario general.
- Más información: www.cruzroja.es





¿Qué encontró al llegar a la cárcel?

Eramos 7.000 presos. Me confinaron a una celda común con otros 200. Para poder andar unos pasos dentro de ella debíamos ponernos en pie al menos la mitad: estábamos tan apretados que para dormir no quedaba espacio entre un cuerpo y otro para pasar. No había agua corriente y nuestro cuarto de baño era un agujero en la habitación de al lado que nosotros mismos teníamos que limpiar.

¿Y su día a día?

Al principio fue terrible. Emocionalmente estaba destrozado. Me obsesionaba buscando un por qué a todo aquello, y me ahogaba la preocupación por mi mujer que estaba embarazada de nuevo y por mi hijo. Cuando ya creía que no sobreviviría, un domingo, ella apareció allí.

Estamos sentados en su despacho y la sonrisa permanente que muestra se tiñe de emoción mientras su voz se quiebra un poco. "Me busqué desesperadamente hasta que me encontró. Nos habían quitado nuestra casa, el coche y saqueado nuestros bienes. No quedaba nada", continúa. "Y con la policía a nuestro alrededor, pude hablarle a través de una valla. Volverla a ver fue el principio de mi recuperación. Ante mi angustia por su futuro ella me dijo: "No te preocupes, los niños y yo sobreviviremos. No sé cómo, pero lo haremos". Entonces fue cuando pensé que si ella era capaz, yo también debía de serlo. Debía sobrevivir como una persona mentalmente sana y entera, con la mente y el corazón limpios. Volvió cada domingo. Y aquello me mantuvo vivo. Me devolvió la esperanza".

¿Cómo logró sobrevivir sano?

Pensando en mantenerme ocupado y en resultar útil a los demás. Recordé la oración de mi madre. Y tuve la suerte de que nuestro coronel se iba dando cuenta de que para mantener la paz entre tantísimos presos era mejor que aprendieran algo. Me ayudó a crear lo que llamamos el Comité de Desarrollo. Y lo convertimos en una institución educativa. Había muchísimos estudiantes encarcelados por razones políticas y bastantes graduados universitarios. Los graduados se convirtieron en profesores. Y organicé a los demás para que fueran aprendiendo según sus necesidades.

¿A cuántos enseñó?

Al 99 por ciento. Si se le da la oportunidad, el hombre casi siempre quiere aprender algo. Era reconfortante ver cómo, conforme cerraban la puerta de mi celda y yo comenzaba a leer en voz alta, los más jóvenes se acercaban y me rodeaban

para aprender. Nuestros guardianes de la prisión acabaron siendo también alumnos y desapareció el odio y resentimiento que existía entre presos y guardias. Creamos 6 equipos de fútbol, construimos un estadio dentro del patio y la prisión se convirtió en una institución reconocida en el país. Nuestros campeonatos llegaron a tener alcance nacional porque los medios de comunicación daban cuenta de ellos. Y nuestros estudiantes, cuando eran liberados, alcanzaron un 75 por ciento de aprobados en la Universidad. Aún hoy, incluso en América, ¡me he encontrado a varios de ellos a los que les ha ido muy bien!

Pero, ¿seguían las persecuciones?

Sí. Todos los días. Los presos que eran llamados por la mañana recogían la libertad, y a los que se les llamaba por la tarde se les ejecutaba. Era durísimo despedirse de ellos, abrazarlos... sabiendo que había llegado su final. Cada mañana, desde el Comité, intentábamos devolverles algo de cordura a los que quedaban.

"Estuve 5 años preso y me derrumbé. Pero EN LA CÁRCEL CREAMOS UNA RED EDUCATIVA entre los presos y, cuando fueron liberados, alcanzaron un 75% de aprobados en la universidad"

¿Cuál fue la lección más importante que aprendió de todo aquello?

Que hay que aceptar la realidad por dura que sea y, una vez logrado, hay que hacer algo bueno con ella porque siempre se puede.

Cinco años después le liberaron.

Tenía 40 años. Coincidió con el día en que mi caso llegaba a los tribunales. Nunca fui juzgado. No quedaba nada de mi vida anterior. Mi mujer y mis hijos vivían con una tía mía de manera muy humilde, y empecé de nuevo. Me uní a la Ayuda Irlandesa, un grupo local que construía pequeñas casas para los muy pobres. Un año después un amigo me contó que la Cruz Roja intentaba crear un grupo de ayuda en el norte del país. Estaba devastado por el hambre y la gente moría a borbotones, una media de 130 al día. No tenía agua y sus granjas estaban asoladas por las luchas militares. Empecé mi trabajo. Teníamos un campamento que montar y mantener, de 70.000 personas, el campo de refugiados Bati.

¿Qué ha sido lo que más le ha marcado?

Un día, en Bati, se me acercó una

pareja muy joven, estaban felices y con poca fuerza para andar. Sus ojos no tenían expresión humana y sus manos, cadavéricas, se veían como garras de pájaros. Me pidieron, agotados, "algunas piezas de trapo, aunque sean pequeñas". Cuando les pregunté para qué las querían me miraron con absoluta frialdad y me dijeron: "Son para cubrir a nuestros hijos muertos". Erán 3, de no más de 4 años el mayor. Jamás olvidaré ese momento que me marcó para siempre. Desde entonces, mi corazón se volvió rojo. Con el rojo de la Cruz que ostenta nuestra bandera, la de la Cruz Roja. Me juré que, de por vida, sería uno de ellos.

¿Qué ocurrió después?

Empezamos a construir y organizar con nuestros voluntarios otros 5 campos a lo largo del país, un trabajo precioso. Desde instalar las tiendas de campaña hasta conseguir el material médico, organizar despensas y comedores. Cada paso que dábamos era una llama de vida para aquella gente. Llegamos a instalar a 400.000 personas.

Además, ¿le forzaron a volver a la política?

Un día, mi hijo pequeño que tenía 4 años, me saludó al llegar a casa gritando: "Papi, papi! Han llamado 30 personas!". Y le pregunté: "Pero, ¿qué ha ocurrido? Algún desastre?". Y me contestó: "Si papi, te acaban de nombrar ministro de Transportes y Comunicaciones. Para mis hijos aquello era

un desastre porque querían que nos fuéramos a vivir a Europa. Pero era el Ministerio más grande del país, que estaba en una situación terrible, y decidí aceptar para ayudar.

Entonces hubo otro golpe de Estado en el país.

Sí, en 1991. El nuevo gobierno me ofreció la embajada de Japón y, aunque no estaba convencido, acepté porque me aseguraron que lucharían por la democracia. En Tokio mis hijos, que ya eran 4, vivían confortablemente y parecía que al final había podido ofrecerles paz y estabilidad. Fuimos felices allí, pero las noticias que llegaban de mi país no eran buenas. Después de soportarlo mucho, decidí dimitir. Perdíamos todo de nuevo y no podía regresar, pero no quería traicionar a mi pueblo. Emigramos como refugiados políticos a Canadá.

¿Cómo fue empezar otra vez a los 49 años?

Muy duro. Alquilamos un apartamento y me apunté en una agencia de búsqueda de empleo. Después de buscar muchísimo encontré trabajo en el supermercado de una gasolinera. No tenía ni papeles. Pero la



MI GENTE Y YO

Bekele Geleta viaja por todo el mundo para supervisar unas ayudas que llegan a millones de personas. En ocasiones le acompaña su mujer Tshay.



Geleta en una escuela promovida por la Cruz Roja en Niamey (Níger).



Con su hija menor.



En 2009 en Kenya con su mujer Tshay.



Durante su etapa como embajador en Japón.



Geleta visita un campamento tras el terremoto de Haití.

Cruz Roja canadiense me ofreció, dos años después de mi llegada a Canadá, ayudar en los campos de refugiados de Kenia. Y volví con ellos a Africa. Este trabajo anida en tu corazón para siempre.

¿Cómo funciona la Cruz Roja?

Es la organización humanitaria más grande del mundo: trabajan en ella 97 millones de personas. Tenemos dos órganos consultivos. El primero, que se conoce como Cruz Roja Internacional, está formado sólo por ciudadanos suizos y es una entidad privada que interviene desde hace 150 años en todos los conflictos armados del mundo, ayudando a los civiles. Y, el segundo, es la Confe-

deración de Países de la Cruz Roja y la Media Luna Roja, presente en 188 países. Prestamos ayuda en cada uno de ellos a los sectores más necesitados de África, Asia, América y Oceanía.

¿Y en España?

La Cruz Roja Española es una de las mejores del mundo. Prestamos ayuda a familias incluso de clase media que están sufriendo, a marginados o a gente que requiere atención, incluidos desahucios, accidentes de tráfico, familias rotas... Las necesidades en Occidente son distintas a las del Tercer Mundo, pero igual de necesarias. En estos tiempos son acuciantes.

¿Cómo se financian?

Todos los países del mundo aportan una cantidad anual para ayudarnos. Los más ricos pagan más, y Estados Unidos es el que más aporta. También los sectores civiles contribuyen. No tenemos credo político y tratamos con todos los regímenes y religiones. Entramos en los conflictos con permisos gubernamentales pero sin parapetos políticos.

¿Cómo funciona el voluntariado?

Tenemos la mayor red de voluntarios del mundo: 24 millones. Y, en situaciones de conflicto, muchos mueren. Ese sacrificio es el mayor tesoro con que contamos. A veces trabajan en condiciones terribles. Por ejemplo, en Siria, han muerto 7 y muchos están en la cárcel. Pero sus compañeros ahí siguen.

¿Cómo se vigila el gasto?

Todos los países nos auditan de forma anual e independiente. Y nuestro Consejo Central también audita a cada país. Además, el Consejo Central también es auditado por una firma independiente. Son tantos los controles que la corrupción, que existe aunque es poca, se detecta rápido y de manera eficaz. Y, finalmente, todas las cuentas y presupuestos son públicos en nuestra página web.

¿Es bueno el hombre para el hombre?

Sí. Los seres humanos son buenos intrínsecamente. El hombre es más feliz cuando siente por dentro que hace el bien, independientemente de su educación, raza o cultura. Existen algunos hombres, pocos, que un día abandonan su condición humana. Se convierten en lobos, deciden desarrollar su parte más animal y dejan morir la dignidad humana. Pero, aunque pueden hacer mucho daño, al final pierden siempre sus batallas. La naturaleza humana es más fuerte.

¿Se arrepiente de algo?

Sólo del tiempo que no he dedicado a los míos. Tengo cinco hijos y me dicen que no les hablo ni les veo lo suficiente. ¡Ahora esperamos nuestro primer nieto! Confío en poder darles a mis nietos lo que no les he podido dar a mis hijos.

Y, con un caluroso abrazo, me despide este hombre que lo ha conocido todo. Le esperan 150 viajes que realiza al año a los rincones más recónditos del planeta. Viaja y vive siempre con el recuerdo del aliento constante de su familia. Y se enfrenta a cada desafío con una sonrisa y el convencimiento personal de que "lo mejor que he vivido en toda mi vida es la grandeza del hombre. Nuestra capacidad para, en las peores condiciones posibles, recuperar nuestra dignidad, crecer en la adversidad y luchar por mejorarnos a nosotros mismos, a los nuestros y a nuestro mundo". **1**

(Agradecimientos: Belle Chance, Schumacher, Mercedes del Campo, Avène, René Furterer, Isabella Ruiz de Rato y David Evangelista)